



25
octubre

Domingo XXX
Tiempo Ordinario
(Ciclo B) – 2015



Texto Litúrgico



Exégesis



Comentario
Teológico



Santos Padres



Aplicación



Directorio
Homilético



Información

Textos Litúrgicos

- : Lecturas de la Santa Misa
- : Guión para la Santa Misa

Domingo XXX Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 25 de Octubre de 2015)

LECTURAS

Traigo a ciegos y lisiados llenos de consuelo

Lectura del libro de Jeremías 31,7-9

Así habla el Señor: ¡Griten jubilosos por Jacob, aclamen a la primera de las naciones! Háganse oír, alaben y digan: « ¡El Señor ha salvado a su pueblo, al resto de Israel!» Yo los hago venir del país del Norte y los reúno desde los extremos de la tierra; hay entre ellos ciegos y lisiados, mujeres embarazadas y parturientas: ¡es una gran asamblea la que vuelve aquí! Habían partido llorando, pero Yo los traigo llenos de consuelo; los conduciré a los torrentes de agua por un camino llano, donde ellos no tropezarán.

Porque Yo soy un padre para Israel y Efraím es mi primogénito.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL 125, 1-6

R. *¡Grandes cosas hizo el Señor por nosotros!*

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía que soñábamos:
nuestra boca se llenó de risas
y nuestros labios, de canciones. **R.**

Hasta los mismos paganos decían:

« ¡El Señor hizo por ellos grandes cosas!»

¡Grandes cosas hizo el Señor por nosotros

y estamos rebosantes de alegría! **R.**

¡Cambia, Señor, nuestra suerte
como los torrentes del Négueb!
Los que siembran entre lágrimas
cosecharán entre canciones. **R.**

El sembrador va llorando
cuando esparce la semilla,
pero vuelve cantando
cuando trae las gavillas. **R.**

*Tú eres sacerdote para siempre
según el orden de Melquisedec*

Lectura de la carta a los Hebreos 5, 1-6

Hermanos:

Todo Sumo Sacerdote del culto antiguo es tomado de entre los hombres y puesto para intervenir en favor de los hombres en todo aquello que se refiere al servicio de Dios, a fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede mostrarse indulgente con los que pecan por ignorancia y con los descarriados, porque él mismo está sujeto a la debilidad humana. Por eso debe ofrecer sacrificios, no solamente por los pecados del pueblo, sino también por sus propios pecados. Y nadie se arroga esta dignidad, si no es llamado por Dios como lo fue Aarón.

Por eso, Cristo no se atribuyó a sí mismo la gloria de ser Sumo Sacerdote, sino que la recibió de Aquél que le dijo: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy».

Como también dice en otro lugar: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec».

Palabra de Dios.

Aleluia Cf. 2 Tim. 1,10b

Aleluia.

Nuestro Salvador Jesucristo destruyó la muerte
e hizo brillar la vida, mediante la Buena Noticia.

Aleluia.

**Evangelio de nuestro Señor Jesucristo
según san Marcos 10, 46-52**

Cuando Jesús salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran multitud, el hijo de Timeo —Bartimeo, un mendigo ciego— estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que pasaba Jesús, el Nazareno, se puso a gritar: « ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!» Muchos lo reprendían para que se callara, pero él gritaba más fuerte: « ¡Hijo de David, ten piedad de mí!»

Jesús se detuvo y dijo: «Llámenlo».

Entonces llamaron al ciego y le dijeron: « ¡Ánimo, levántate! Él te llama».

Y el ciego, arrojando su manto, se puso de pie de un salto y fue hacia Él. Jesús le preguntó: « ¿Qué quieres que haga por ti?»

Él le respondió: «Maestro, que yo pueda ver».

Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado». En seguida comenzó a ver y lo siguió por el camino.

Palabra del Señor

Volver Textos Litúrgicos

GUIÓN PARA LA MISA

XXX Domingo del Tiempo Ordinario- 25 de Octubre 2015- Ciclo B

Entrada: La Santa Misa es renovación del misterio pascual que se prolonga en el alma de los fieles por la gracia de Dios. Dispongámonos a participar en esta Liturgia con viva fe y devoción.

Liturgia de la Palabra

Primera Lectura:

Jr 31,7-9

Dios, por boca del profeta Jeremías, inunda de consuelo y de júbilo a su pueblo que vuelve del destierro.

Salmo Responsorial: 125

Segunda Lectura:

Hb 5,1-6

Cristo recibió del Padre la gloria de ser Sumo Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Evangelio:

Mc 10,46-52

Bartimeo, con los ojos de la fe y con la valentía de la sinceridad, pide al Maestro ser curado de su ceguera.

Preces: XXX 2015

Hermanos, oremos a nuestro Padre del Cielo por la Iglesia, por el mundo entero y para que derrame su luz en lo íntimo de nuestros corazones.

A cada intención respondemos cantando:

* Por las necesidades de la Santa Madre Iglesia especialmente en aquellos lugares donde sus miembros sufren la persecución, por los más pobres y por los enfermos. Oremos.

* Por la paz y reconciliación de los hombres y de los pueblos. Oremos.

* Por el aumento de vocaciones al sacerdocio en todo el mundo. Oremos

* Por las familias cristianas para que sepan defender los valores cristianos en medio del mundo en que viven. Oremos.

Padre de bondad, mira propicio las súplicas que te dirigimos con fe y haz que siempre busquemos lo que es de tu agrado. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Liturgia Eucarística

Ofertorio:

Con el gozo de seguir a Cristo en el cumplimiento de la Voluntad del Padre presentamos:

* **Alimentos** para nuestros hermanos más necesitados y el deseo de llevarles a todos el Amor misericordioso del Padre.

* **Pan y vino**, que en el Santo Sacrificio serán convertidos en Cuerpo y Sangre del Señor.

Comunión:

Recibamos al Señor, que es «Luz del mundo», y que a todos nos da gustoso su Luz y su Vida cuando le pedimos humildes: ¡Maestro, haz que yo vea!

Salida:

Que María nos acompañe en nuestro peregrinar en la fe; pues con Ella somos invitados a proclamar las maravillas que Dios realiza en nosotros a través de su Hijo Jesucristo.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Volver Textos Litúrgicos

Inicio

Exégesis

· **Rudolf Schnackenburg**

La curación del ciego Bartimeo: Jesús es reconocido como Mesías antes de morir

(Mc.10,46-52)

Comienza ahora una nueva sección, que podríamos llamar "Jesús en Jerusalén" (10,46 – 13,37). Con 10,46 Jesús alcanza Jericó, la ciudad en que los peregrinos que llegaban por el camino del Este (cf. 10,1) cruzaban el Jordán y entraban en la antigua vía hacia Jerusalén (cf. [Luc_10:30](#)). La curación del ciego Bartimeo, un antiguo relato firmemente localizado en Jericó, pertenece ya por su carácter a la nueva sección que trata de la entrada de Jesús en Jerusalén y de su último ministerio en la capital. Esta sección permite establecer tres subsecciones: 1) las obras simbólicas, de alcance mesiánico: curación del ciego Bartimeo, entrada bajo las aclamaciones del pueblo, purificación del templo y maldición de la higuera; 2) diálogos y discusiones de Jesús con distintos grupos en la capital judía; 3) vaticinio sobre la destrucción de Jerusalén y gran discurso escatológico. (...)

Las obras simbólicas de alcance mesiánico (10,46 – 11,25)

Lo que sorprende en estas perícopas, que externamente presentan una estrecha trabazón, es la repetida actividad de Jesús con un fin bien preciso. En la mente del evangelista esto empieza ya con la *curación del ciego de Jericó*: Jesús no impide la invocación a voz en grito de «Hijo de David», sino que da la vista a este hombre que cree y que le sigue con fe.

En la preparación de la *entrada en Jerusalén* Jesús da de antemano a los discípulos unas instrucciones clarividentes, elige con toda intención un borriquillo sobre el que nadie había aún montado y se deja acompañar por las multitudes del pueblo. El comportamiento de la muchedumbre, especialmente sus gritos de aclamación, subrayan la transparencia mesiánica de la escena de la entrada.

Al dirigirse al templo *maldice una higuera* que no lleva fruto, gesto aparentemente absurdo puesto que no era tiempo de higos, pero que constituye una acción simbólica al modo de las de los profetas.

Después *expulsa a los mercaderes del atrio del templo*, demostración que tiene también un sentido más profundo.

Finalmente, con ocasión de *la higuera que entre tanto se ha secado*, da a los discípulos unas instrucciones sobre la fe firme, la oración consciente de ser escuchada y el perdón fraterno.

Jesús y el pueblo, los discípulos y los enemigos aparecen en escena y desarrollan sus respectivos papeles; pero todo lo domina la figura de Jesús, que actúa con una majestad hasta entonces desconocida; pese a lo cual se ve rodeado por la malicia y el odio de sus enemigos y por los oscuros nubarrones de los acontecimientos inminentes. El propio Jesús ve acercarse su pasión y marcha decidido a su encuentro; los discípulos viven unos signos que sólo comprenderán más tarde y escuchan unas palabras cuyo pleno significado sólo descubrirán en las circunstancias y tribulaciones de la comunidad.

Curación del ciego de Jericó (Mc.10,46-52)

Las curaciones de ciegos desempeñan un papel especial ya en la tradición más antigua (cf. 8,22-26). Las muchas enfermedades oculares del Oriente tenían entonces pocas perspectivas de curación, y el destino de los pacientes era duro. Por lo general no les quedaba otra salida que la mendicación (cf. [Jua_9:8](#)), a lo que se sumaba la angustia interior derivada de semejante situación, de una vida en constantes tinieblas.

De este modo los ciegos aparecen como los representantes de la miseria y desesperanza humanas.

Sin duda que el relato del ciego-Bartimeo contiene una tradición antigua. El nombre, que es una formación aramea con el nombre del padre -bar Timai-, no tiene ningún significado simbólico; también la fórmula de saludo Rabbuni («maestro», v. 51b; cf. [Jua_20:16](#)) es una antigua forma aramea. Tampoco tiene especial interés la localización del suceso en Jericó, la «ciudad de las palmeras» al Norte del mar Muerto, uno de los establecimientos humanos más antiguos de Palestina, con la que en los Evangelios sólo se conecta la tradición particular lucana del jefe de aduanas Zaqueo ([Luc_19:1-10](#)). Fuera de esto sólo se menciona a Jericó en la parábola del samaritano compasivo ([Luc_10:30](#)).

Marcos refiere esta curación -la única en la segunda parte de su libro- no porque haya tenido lugar en la última estación del viaje de Jesús a Jerusalén, ni siquiera para demostrar la no menguada fuerza curativa o la no disminuida misericordia de Jesús. Esta curación está narrada de distinto modo que la de Betsaida ([Luc_8:22-26](#)). Escuchamos los grandes gritos del mendigo en el camino, en los que resuena por dos veces la invocación «Hijo de David». Fuera del diálogo sobre la filiación davídica del Mesías en [Mar_12:35-37](#), es la única vez que encontramos en el Evangelio de Marcos esta designación judía del Mesías... y Jesús la permite. Muchas personas de entre la multitud del pueblo reprendían al hombre, pero Jesús manda que se lo acerquen. Alaba su fe -«tu fe te ha salvado»- con las mismas palabras que había dirigido a la mujer de fe sencilla que sufría un flujo de sangre ([Mar_5:34](#)). El ciego sanado no se marcha sin más ni más sino que sigue a Jesús en su camino.

Considerando estos matices narrativos, puestos por el evangelista, es precisamente como descubrimos el sentido de la curación del ciego en este pasaje. Las turbas populares, cosa que ya sabían los lectores mucho antes, acompañan a Jesús, pero sin una fe profunda, ciegas por lo que respecta a su misión. El ciego Bartimeo, por el contrario, cree en él como Hijo de David y como Mesías, de manera firme e inmovible, aunque las gentes se lo recriminan. Su fe está todavía tan poco iluminada como la de aquella mujer del pueblo que tocó la fimbria del vestido de Jesús; pero cree en la bondad y en el poder de Jesús en quien se le acerca la ayuda de Dios. Esa fe supera la perspicacia de los doctores de la ley (cf. [12,35-37](#)) al igual que la torpeza de la multitud. El ciego se ha formado su propia idea sobre el «Nazareno» (cf. [1,24](#)), su procedencia no le crea ningún obstáculo (cf. [6,1-6](#)) y le habla lleno de confianza. Un hombre así de confiado puede haberse convertido en discípulo de Jesús y aceptado la posterior confesión de fe de la comunidad en Jesús, pero no, le sigue

inmediatamente, y más tarde quizá perteneció de hecho a la comunidad, como aquel Simón de Cirene que ayudó a Jesús a llevar la cruz (15,21).

Para los lectores cristianos el ciego pasa a ser el modelo del creyente y discípulo que ante nada retrocede y que sigue a Jesús en su camino de muerte. Mas para Marcos tiene también importancia especial la conducta de Jesús: ¡Es sorprendente que no rechace el título de Mesías y ni siquiera el título de «Hijo de David», más peligroso políticamente! Pero una vez emprendido el camino de la muerte y cuando se acerca el fin en que debe cumplirse el designio divino, pueden caer las barreras y puede desvelarse el misterio mesiánico. La falsa interpretación de un libertador político no impedirá por lo demás que Jesús sea ejecutado como tal; eso no sólo no impide sino que da cumplimiento a los planes secretos de Dios: la muerte de Jesús a mano de los hombres le convierte por voluntad divina en verdadero portador de la salvación.

Jesús es el Mesías, aunque en un sentido distinto del que los judíos esperaban. Evidentemente hay una línea que va desde la invocación del ciego de Jericó a las aclamaciones del pueblo con motivo de la entrada en Jerusalén: «¡Bendito sea el reino, que ya llega, de nuestro padre David!» (11,10). Ese reino llega, pero de forma diferente de como lo esperaba el pueblo: como el reino de Dios que abraza a todos los pueblos, a «los muchos» por quienes es derramada la sangre de Jesús (14,24; cf. 10,45). Es un reino de paz, como lo testimonia a los sabios la entrada real y pacífica de Jesús en Jerusalén sobre un pollino. Jesús permite al ciego Bartimeo y a la multitud que le acompañen en la entrada. La curación era sólo un signo de la fe salvadora. Así como la fe ha curado al ciego, le ha «salvado» con ayuda de Jesús, así también la fe, que conduce a la unión con Jesús y a su seguimiento por el camino de la muerte, proporciona la verdadera salvación, la redención definitiva.

(**SCHNACKENBURG, R.**, *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder)

[Volver Exégesis](#)

Inicio

Comentario Teológico
· P. Leonardo Castellani

El ciego de Jericó

Este trozo, tomado del final de Lucas 18, contiene dos perícopas –como dicen– heterogéneas; de manera que habría que hacer propiamente dos homilias: una, donde Jesucristo profetiza por tercera vez a sus discípulos su Pasión y Muerte; y enseguida, la curación del ciego de Jericó, que no fue un ciego sino dos ciegos; y que estaban a la vez a la entrada y a la salida de Jericó... si ustedes me entienden.

Jericó, Jericó,

donde Jesús salió y no entró,

cantan los chiquillos en España...

Este evangelio es el mejor ejemplo de la “*discors concordia et concors discordia*”, como llamó San Agustín en el siglo IV a lo que en el siglo XIX llamaron los críticos la Cuestión Sinóptica: efectivamente, la cura del ciego Bartimeo está en Mateo, Marcos y Lucas con una coincidencia general y con dos divergencias parciales:

- a. Mateo dice que curó a *dos* ciegos.
- b. Marcos dice que curó a *un* ciego –cuyo nombre pone– *al salir* de Jericó.
- c. Lucas dice que curó a *un* ciego *al llegar* a Jericó; y los tres hablan del mismo episodio.

Dando por supuesto que los tres hagiógrafos dicen verdad, se presenta al lector fiel una pequeña adivinanza que es más fácil de resolver que las de *Damas y Damitas*; y es mucho más provechosa, aunque a decir verdad, derrotó a San Agustín. Y detrás queda otra adivinanza grande, un problema científico (*¿Cómo fueron compuestos los Evangelios?*) que fue decisivamente resuelto en forma admirable por una memoria técnica del gran lingüista y psicólogo francés Marcel Jousse intitulada: *El Estilo Oral Rítmico y Mnemotécnico en los Pueblos Verbomotores*. Porque aquel que se imagine a esos cuatro singulares relatos como obras escritas de acuerdo a los cánones de la retórica grecolatina –como por ejemplo las historias de Tucídides o de Tito Livio– dará grandes tropezones si se pone a leerlos. Ya les digo que al mismo San Agustín...

Les diré que fueron dos los ciegos y que el milagro tuvo como dos partes; y que Jesús entró y salió de Jericó por la misma puerta –Ricciotti para resolver la dificultad acude a

una cosa rebuscada: que había dos Jericó—. Y con esto ustedes, si leen las tres narraciones, verán cómo concuerdan entre sí, e incluso cobran más vida en la mente del que las ha concordado.

El ciego Bartimeo, como el Centurión Romano del Domingo segundo después de Epifanía, es un ejemplo de fe viva y actuante. Después de darle la vista, Jesús lo alabó diciendo: “Tu fe te ha curado”. Efectivamente, el “hijo de Timeo”, que pedía limosna junto al camino, primero preguntó, después escudriñó, después creyó y después obró: ésta es la “*fe actuosa*”, que dice San Agustín: la fe con obras, diferente de la fe dormida o muerta.

Al llegar Jesús a Jericó, el ciego oyó el tropel y el cotorreo y preguntó qué era; y le dijeron era el profeta de Nazareth: que se quedase quieto. Al salir Jesús de Jericó al día siguiente —después de haber convertido al petiso Zaqueo, gran hombre de negocios, y haber compuesto y recitado la parábola de la Buena Inversión— Bartimeo ya había averiguado mucho, y ya sabía quién era en realidad el “profeta de Nazareth”. Empezó a dar gritos: “¡Compadécete de mí, Hijo de David!”. Decirle a Cristo “*el Hijo de David*” era reconocerlo Mesías. Como la gente quería a la fuerza hacerlo callar y quedarse quieto, saltó y dejó parte de su vestimenta en manos de los comedidos, y a tientas buscó a Cristo; el cual al mismo tiempo lo había hecho llamar. Se lo trajeron y lo curó. Pero aunque no lo hubiese curado, ese cieguito en su ceguera ya veía más que muchos, que se tienen por linceos. Otro cieguito fue también curado que andaba con él, como solían andar de a dos en Palestina.

Éstas son las cualidades del acto de fe: primero preguntó sumisamente; después averiguó diligentemente; después confesó paladinamente; después obró valientemente. Y así obtuvo lo que pidió: “Señor, que yo vea”. ¿Por qué Cristo no me cura de mi ceguera, que hace hoy 31 años que se lo pido, y que lo reconozco como Mesías? Puede que le falte a mi fe una de esas cualidades. Puede también que no le falte ninguna, y que Dios se contente con responder como en otros casos: “Que te baste mi gracia; porque la virtud en la enfermedad se engrandece”. Cristo dijo que todo lo que pidiéramos creyendo nos será hecho; algunas veces uno pide creyendo, y *nada* es hecho. No, es un error: eso que pedimos a veces no es hecho, pero otra cosa mejor es hecha. La *oración de la fe* jamás termina en la nada.

Inicio

Santos Padres

- San Gregorio Magno

Cristo, luz del pecador arrepentido

1. Nuestro Redentor, previendo que con motivo de su pasión habían de hallarse confusos los ánimos de sus discípulos, les predijo, cuando aún estaban lejos de suceder, los sufrimientos de su pasión y la gloria de su resurrección, con el fin de que, cuando le vieran morir, conforme estaba anunciado, no dudaran de que también había de resucitar.

Más porque los discípulos, carnales aún, no podían comprender en modo alguno las palabras del misterio, se acude al milagro: a presencia de ellos, el ciego recobra la vista, para que, ya que no entendieran las palabras del misterio celestial, las obras celestiales los confirmaran en la fe.

Ahora bien, hermanos carísimos, los milagros de nuestro Señor y Salvador deben ser recibidos de manera que a un tiempo se crea que se han obrado en realidad y que, además, nos dan a entender que tienen otra significación; pues sus obras, a la vez que manifiestan su poder, hablan también de algo misterioso.

Ved, en efecto, que, según la historia, ignoramos quién fuera este ciego, pero hemos descubierto a quién representa según el misterio; pues el ciego es el género humano, que, expulsado de los gozos del paraíso en la persona de su padre y desconocedor de la claridad de la luz sobrenatural, padece la ceguera de su condenación; y, con todo, por la presencia de su Redentor recobra la vista para que vea ya con el deseo los gozos de la luz interior y encamine los pasos del bien obrar por la senda de la vida.

2. Pero es de notar que se dice que el ciego recobra la vista cuando Jesús se aproxima a Jericó. Ahora bien, en Jericó se significa la luna, y la luna en la Sagrada Escritura significa el defecto de la carne, porque, como cada mes decrece, representa el defecto de nuestra mortalidad. De manera que recobrar el ciego la vista cuando nuestro Creador se acerca a Jericó significa que, cuando la Divinidad tomó la mengua de nuestra carne, el género humano recobró la luz que había perdido. De suerte que, por soportar Dios lo humano, es el hombre elevado a lo divino.

Y en verdad que rectamente se refiere que este ciego estaba sentado junto al camino y que mendigaba; pues la misma Verdad dice: Yo soy el camino. De manera que quien desconoce la claridad de la luz eterna, ciego es; pero, si ya cree en el Redentor, sentado está junto al camino; más si, aunque ya cree, se dispensa de rogar para recibir la luz eterna, o cesa en sus ruegos, ciego es, sí, y está sentado junto al camino, pero no mendiga. En cambio, si, además de creer y de reconocer la ceguera de su corazón, pide también recibir la luz de la Verdad, ciego es, se sienta junto al camino y además mendiga.

Por consiguiente, quien reconoce las tinieblas de su ceguera, quien tiene conocimiento de esta luz eterna que te falta, clame desde lo profundo del corazón y grite con voces del alma, diciendo: Jesús, hijo de David, ten piedad de mí.

3. Pero oigamos qué se le dice a continuación al ciego que clama: Los que iban delante le reprendían para que callase. ¿Y qué figuran estos que preceden a Jesús en su camino sino la turba de apetitos carnales y el tumulto de los vicios que, antes de que Jesús llegue a nuestro corazón, disipan nuestro pensamiento con sus tentaciones y estorban en nuestras oraciones los clamores de nuestro corazón? Porque muchas veces, cuando queremos volvernos a Dios después de haber cometido pecados, cuando nos esforzamos en rogar contra esos mismos vicios en que hemos incurrido, acuden al corazón las representaciones de los pecados cometidos, encandilan la atención del entendimiento, dejan el ánimo confuso y apagan la voz de nuestras oraciones. De manera que los que iban delante le reprendían para que callase, porque, antes de que venga Jesús, los males que hemos hecho, agolpándose con sus imágenes en nuestro pensamiento, nos perturban en nuestra oración.

4. Oigamos ahora, en cambio, lo que hizo este ciego que había de ser iluminado. Prosigue: Pero él levantaba mucho más el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Ahí lo tenéis: aquel a quien la turba reprendía para que callase, levanta más y más el grito, porque cuanto mayor sea el alboroto de los pensamientos carnales que nos acosa, tanto con mayor ardor debemos insistir en la oración. La turba se opone a que clamemos, porque hasta en nuestras oraciones sufrimos muchas veces las representaciones de nuestros pecados; pero, con todo, es necesario, que la voz salida de nuestro corazón insista tanto más fuertemente cuanto con mayor fuerza es repelida, hasta que llegue a sobreponerse al alboroto del pensamiento ilícito y con el exceso de su importunidad irrumpa hasta los oídos piadosos del Señor.

Cada cual, según sospecho, echa de ver que en sí mismo sucede esto que decimos: que, cuando apartamos nuestro ánimo de este mundo y volvemos a Dios, cuando nos entregamos a la práctica de la oración, las mismas cosas que antes hicimos siguiendo el deleite, después las sentimos importunas y pesadas en nuestra oración. ¡Apenas si, a fuerza del santo deseo, su pensamiento se aparta de la vista del corazón! ¡Apenas se sobreponen a sus representaciones los lamentos de la penitencia!

5. Pero, cuando insistimos fervorosamente en nuestra oración, detenemos en la mente a Jesús, que va de paso. Por eso se dice allí: Parándose entonces Jesús, mandó traerle a su presencia. Ved aquí que se para quien antes iba de paso; porque, mientras todavía padecemos las turbas de las representaciones, en algún modo sentimos a Jesús que pasa; mas, cuando insistimos fervorosos en la oración, Jesús se para, a fin de restituírnos la luz, porque Dios se fija en el corazón y se recobra la luz perdida.

6. En esto también nos insinúa el Señor algo que puede con provecho entenderse respecto a su humanidad y a su divinidad, a saber, que Jesús, cuando iba andando, oyó al ciego que clamaba, y cuando se paró, obró el milagro; esto es, que el pasar es propio de la humanidad y el permanecer es propio de la divinidad. En efecto, por la humanidad tuvo el nacer, crecer, morir, resucitar, ir de un lugar a otro; ahora bien, como en la divinidad no hay mudanza, y eso de cambiarse es pasar, sin duda que ese tránsito es según la carne, no según la divinidad. En cambio, por razón de la divinidad le es propio permanecer siempre; porque en todo lugar está presente, ni se aparta moviéndose, ni tampoco viene moviéndose. De manera que el Señor, cuando pasaba, oyó al ciego que clamaba; mas, cuando se paró, le iluminó, porque, compadeciéndose por su humanidad, tuvo piedad de las voces de nuestra ceguera; más la luz de la gracia nos la infundió por el poder de su divinidad.

7. Y debe notarse lo que dice al ciego cuando llega: ¿Qué quieres que te haga? ¿Acaso El, que podía dar la vista, ignoraba lo que el ciego querría? No; pero quiere que se le pida lo que sabe que nosotros pedimos y El concede, puesto que aconseja reiteradamente la oración y, no obstante, dice: Sabe bien vuestro Padre celestial lo que necesitáis antes de que se lo pidáis. Pregunta, pues, para esto: para que se le pida; pregunta para esto: para incitar al corazón a que ore.

Por eso el ciego respondió en seguida: Señor, que yo vea. He ahí lo que el ciego pide al Señor: no oro, sino ver, teniendo por menos pedir algo fuera de la vista, porque, si bien el ciego puede tener cualquier cosa, pero sin vista no puede ver lo que tiene.

Imitemos, pues, hermanos carísimos, al que, como hemos oído referir, fue iluminado en el cuerpo y, en el alma. No pidamos al Señor falsas riquezas, no bienes terrenos, no fugitivos honores, sino pidámosle luz; y no luz que se encierra en un local, no la que se acaba con el tiempo, no la que cambia con la interrupción de la noche, no la luz que se ve sernos común con las bestias, sino pidamos la luz que podemos ver con solos los ángeles, la que no tiene principio ni tiene fin; la luz para la cual el camino seguro es la fe, Por eso también al ciego, que va a ser iluminado, rectamente se le responde en seguida: Ten vista; tu fe te ha salvado. Pero a esto el pensamiento carnal dice: ¿Cómo puedo yo pedir la luz espiritual, que no puedo ver? ¿Por dónde puedo yo cerciorarme de que exista la luz que no alumbra a mis ojos corporales? He aquí lo que a este pensamiento debe cualquiera responder brevemente: que eso mismo que te hace

sentir piensa, no por el cuerpo, sino por el alma; tampoco hay quien vea su alma y, sin embargo, nadie duda que tiene alma, a la cual no ve; porque por el alma invisible es regido el cuerpo, pues si se quita lo que es invisible, en seguida viene a tierra lo visible que parecía mantenerse firme; luego en esta vida, visible se vive de la sustancia invisible, ¿y se pone en duda que exista la vida invisible?

8. Pero oigamos ya lo que se obró en el ciego que pedía y lo que éste mismo hizo. Prosigue: Al instante vio, y le seguía. Ve y le sigue quien obra el bien que entiende; pero ve, mas no le sigue, quien conoce el bien, más rehúsa obrar el bien.

Por consiguiente, hermanos carísimos, si conocemos ya la ceguera de nuestra peregrinación; si, creyendo ya el misterio de nuestro Redentor, estamos sentados junto al camino; si, orando cada día, pedimos a nuestro Hacedor la luz de la vida; si, después de estar ciegos, esa misma luz alumbró nuestro entendimiento para que vea, sigamos con las obras a Jesús, a quien vemos con el entendimiento. Miremos por dónde va y sigamos sus pasos imitándole, ya que sigue a Jesús quien le imita; que por eso dice (Mt 8, 22): Sígueme tú y deja que los muertos entierren a sus muertos. Seguir, pues, quiere decir imitar; por lo mismo, otra vez advierte (Jn 12, 26): El que me sirve, sígame.

Así que miremos por dónde va para que merezcamos seguirle. Vedle que, siendo el Señor y Creador de los ángeles, para tomar nuestra naturaleza, que El formó, vino al seno de la Virgen; mas no quiso en este mundo nacer de padres ricos, sino que eligió padres pobres; de ahí que la Madre, no teniendo un cordero que ofrecer por El, se procuró una pareja de pichones o tórtolas para la ofrenda; no quiso prosperidades en el mundo, soportó oprobios y burlas, aguantó salivas, azotes, bofetadas, corona de espinas, la cruz; y porque nosotros habíamos perdido el gozo interior por habernos deleitado en las cosas corporales, mostró cómo por la amargura se vuelve a él. ¿Qué, pues, no deberá padecer el hombre por sí, cuando tanto padeció Dios por los hombres?

Por consiguiente, quien ha creído ya en Cristo, pero todavía buida de lucrarse por la avaricia, y se engríe soberbio en el honor, y se requema en los ardores de la envidia, y se mancilla con la inmundicia del placer, y desea prosperar en las cosas que son del mundo, ése tiene en menos el seguir a Jesús, en quien ha creído, puesto que, mostrándole su guía el camino de la amargura, él, apeteciendo goces y deleites, marcha por el camino opuesto.

Traigamos, pues, ante los ojos los pecados que habernos cometido; consideremos cuán terrible aparecerá el juez que ha de castigarlos; dispongamos al llanto nuestras almas; amárguese en el tiempo nuestra vida con la penitencia, para que en el día de la venganza no sienta la amargura eterna; porque por el llanto somos conducidos a los gozos eternos, como lo promete la Verdad, que dice (Mt 5,5): Bienaventurados los

que lloran, porque ellos serán consolados. En cambio, por los goces se llega al llanto, como lo atestigua la misma Verdad, diciendo (Lc 6, 25): ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque os lamentaréis y lloraréis! Luego, si buscamos el gozo del premio a la llegada, tengamos en el camino el amargor de la penitencia.

De este modo sucederá que no sólo nuestra vida progresa en Dios, sino que este mismo proceder nuestro incitará a los otros a alabar a Dios; que por eso en el texto se añade: Y todo el pueblo, cuando vio esto, alabó a Dios.

SAN GREGORIO MAGNO, *Obras de San Gregorio Magno, Homilías sobre los Evangelios, Libro I, homilía 2, 1-8*, BAC Madrid 1958, 542-45.

[Volver Santos Padres](#)

Inicio

Aplicación

- P. Alfredo Sáenz, S.J.
- San Juan Pablo II
- S.S. Benedicto XVI
- P. Gustavo Pascual, I.V.E
- P. Jorge Loring, S.J.

P. Alfredo Sáenz, S.J.

EL TEMA DE LA LUZ

Acabamos de escuchar en el evangelio el relato de la curación del ciego Bartimeo; gracias a su fe en Aquel a quien invocó como "hijo de David", recuperó el beneficio de la vista, la luz de la visión. Este milagro de Jesús, en apariencia tan simple, es, sin embargo, rico en enseñanzas. Y nos da pie para tratar un aspecto muy medular del cristianismo cual es el tema de *la luz*.

I. CRISTO, NUESTRA LUZ

Porque si recorremos las páginas de las Escrituras nos topamos frecuentemente con dicho tema, más aún, toda la historia de la salvación es concebida en términos de iluminación y de entenebrecimiento. En el origen, la separación de la luz y de las

tinieblas constituyó el primer acto de la creación. Al fin de los tiempos, según se nos dice en el Apocalipsis, Dios mismo será la luz de la nueva creación. Y la historia que se desarrolla entre estos dos términos, principio y fin, toma en la Biblia la forma de un conflicto entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte.

Claramente advertimos en las Escrituras que Dios quiso revelarse no sólo como el Creador de la luz, sino también como Aquel que habita en la luz inaccesible, como el que está vestido de luz, como el que se manifiesta en el resplandor del día, como Aquel cuyo juicio surgirá al modo de un fulgor. La "luz de su rostro" es una expresión que designa su providencia, su bondad y su revelación. El es la lámpara cuyo resplandor guía los pasos de los hombres, y los conduce hacia las alegrías de un día luminoso.

También las tinieblas constituyen *una imagen* permanente en la Biblia. Al principio, las tinieblas envolvían la tierra. Las tinieblas simbolizan la locura, el ambiente propicio para la idolatría, la muerte, el infierno. Las tinieblas acompañan la muerte de Cristo: era la *hora* del poder de las tinieblas.

Sobre todo Jesucristo se revela como Luz: Yo soy la Luz del mundo, dice *sin* ambages en el evangelio de San Juan. Y luego de haber afirmado esto, devolvió la vista a un ciego de nacimiento, como para dar un signo de la verdad que acababa de proclamar. En ese mismo contexto se ubica el milagro del evangelio de hoy. Porque Cristo no solamente hizo milagros para favorecer a los enfermos y necesitados sino también para enseñanza nuestra, como signos de las realidades sobrenaturales que venía a revelar.

2. EL BAUTISMO: ILUMINACION

Cabe ahora preguntarse: ¿Qué sentido encierra esta metáfora de la luz? ¿Qué significa: Dios es luz, Cristo es luz? ¿O, como decimos en el Credo, Luz de Luz? Decir que Cristo es luz es afirmar que Cristo es *vida*. Para los contemporáneos de Jesús este lenguaje era claro: nacer significaba pasar de las tinieblas a la luz, y la muerte era comparada con la puesta del sol. Ver la luz o ver el sol, eran sinónimos de vivir. Esa idea popular recibió una confirmación sublime y sobrenatural en la persona misma de Cristo, del *cual* nos dice San Juan: "En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres". Términos que podrían ser invertidos sin que variase el sentido: "En él

estaba la luz y la luz era la vida de los hombres". Decir, pues, que Cristo es la luz del mundo significa afirmar que Cristo es la vida del mundo.

Por eso el bautismo —sacramento gracias al cual recibimos la vida divina— era antiguamente llamado *iluminación*. A este respecto dice Clemente de Alejandría: "Cuando somos bautizados, desembarazados ya de las faltas que, a la manera de una nube, ponían un obstáculo al Espíritu divino, dejamos libre, sin velo y luminoso, a ese ojo del espíritu que es el único que nos permite contemplar lo divino...; el que acaba de ser regenerado ha sido iluminado". Porque el bautismo, amados hermanos, es el comienzo de nuestra fe. El que no tiene fe, anda en tinieblas. Merced al bautismo, nuestro espíritu ha adquirido nuevos ojos, los ojos de la fe, en virtud de los cuales nos hemos hecho capaces de percibir realidades que exceden el alcance de los ojos de carne. Viene aquí al caso recordar aquel texto que escuchamos en la primera lectura de esta misa, que es palabra de Dios por boca de Jeremías: "Los reúno desde los extremos de la tierra; hay entre ellos ciegos y lisiados...; los conduciré a los torrentes de agua". Los ciegos irán a las aguas. Los catecúmenos van al bautismo para recibir la vista, como el ciego Bartimeo fue a Jesús para que le diese la visión.

De ahí la hermosa expresión que utiliza San Pablo en su epístola a los tesalonicenses: "Vosotros sois todos hijos de la luz e hijos del día". Este privilegio, amados hermanos, es fuente de obligaciones. No podemos comportarnos como los malvados, como los hijos de la noche, como los súbditos del demonio, a quien Jesús llamó "Príncipe de las tinieblas". Porque, según dice también San Pablo: "Antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor: caminad como hijos de la luz". Nuestro nacimiento bautismal, la nueva visión que hemos adquirido en el seno de las aguas, comporta una exigencia de vida cristiana, la de caminar como hijos de la luz. Llamados a ser, como Jesús, luz del mundo.

3. CARACTER CONTEMPLATIVO DE LA VIDA CRISTIANA

Finalmente, debemos recordar que la vida cristiana tiene un carácter *contemplativo*. Porque la luz sirve para ver. Y nosotros hemos sido llamados a ver. En eso consistirá precisamente la vida eterna, el ciclo. Allí veremos a Dios cara a cara, lo veremos tal cual es. Pero esa contemplación, que será nuestro quehacer por toda la eternidad, ha de iniciarse ya en este mundo. Comienza aquí de hecho con la fe, con la meditación. Como María que, según nos dice el evangelio, contemplaba todos los misterios de su Hijo meditándolos en su corazón. Las preferencias de nuestra época van a la acción, a las ocupaciones exteriores. Pero debemos saber que en el cristianismo el primado

corresponde a la contemplación. Lo más importante que podemos hacer en esta tierra es contemplar. Porque eso, de algún modo, inaugura el ciclo.

Pronto nos adelantaremos a recibir el Cuerpo eucarístico de Jesús. Acerquémonos al Señor con la misma fe con que se aproximó a Jesús el ciego de Jericó. Este, al enterarse que por allí pasaba Jesús comenzó a gritar: Hijo de David, ten piedad de mí. Y, advertido de que el Señor lo llamaba, dio un salto y fue hacia El. Que su actitud sea para nosotros un ejemplo. En la Eucaristía no sólo vamos, como Bartimeo, hacia Jesús, sino que también Jesús viene a nuestro corazón. Nosotros, por la gracia de Dios, ya tenemos fe, ya hemos pasado de las tinieblas a la luz. No podemos, pues, dirigirle a Jesús la súplica que le dirigiera Bartimeo: "Maestro, que yo pueda ver". Pero quizás los ojos de nuestra fe estén enfermos. Quizás nuestra fe sea débil o mortecina. Quizás esté entenebrecida. En ese caso, pidamos al Señor que la acreciente. Que veamos más. De modo tal que la Eucaristía, que es precisamente el sacramento de la fe, nos prepare para las maravillas de la visión eterna, visión que irá de claridad en claridad. Encandilados en la contemplación de Dios por una eternidad

(SAENZ, A., *Palabra y Vida*, Ciclo B, Ediciones Gladius, Buenos Aires, 1993, p.279-282)

[Volver Aplicación](#)

S. Juan Pablo II

¡Grandes cosas ha hecho el Señor por nosotros!".

¿Cuáles son estas "cosas grandes" de las que la liturgia de este domingo quiere testimoniar?

La primera "gran cosa" es la mies, la recolección de los campos. Escuchemos las palabras del Salmo, que nos presenta, ante todo, al que siembra con lágrimas, pare cosechar entre cantares (cfr. Sal 125/126,5) Y añade: "Al ir iba llorando llevando la semilla; al volver vuelve cantando trayendo sus gavillas" (ib.,6).

Cosa grande: la obra entera de la creación, el mundo y la tierra destinados al hombre, junto con todas las riquezas que esconde. La tierra que produce frutos, las espigas de

los campos y el grano de las espigas, para hacer el pan, alimento de los hombres.

Y tantos otros beneficios de la obra de la creación, destinados al uso del hombre en este mundo. Pero a condición de que él los sepa utilizar bien y de modo justo.

Encontramos en el Evangelio un hombre que no ve, Bartimeo, hijo de Timeo (cfr. Mc 10,16) y en sus labios un grito: "Hijo de David, ten compasión de mí" (v.47). Jesús le pregunta: "¿Qué quieres que haga por ti?". Y la respuesta: "Maestro, que pueda ver" (v.51). Y después de la palabra, el milagro. Bartimeo vio el mundo, el mundo creado por Dios, el mundo que el Creador ha ofrecido a los ojos, a las manos, al pensamiento de los hombres.

Y el Bartimeo del Evangelio de hoy se une a las palabras del Salmo: "¡Grandes cosas ha hecho el Señor por mí!".

La restitución de la vista al ciego es un signo. Uno entre los muchos signos realizados por Cristo, para abrir entre sus oyentes la vista del alma, para que puedan ver que el Señor ha cambiado la suerte de Sión.

Para que vean interiormente y se den cuenta de "las grandes cosas que ha hecho el Señor" por el hombre, no sólo mediante la obra de la creación, sino aún más, mediante la obra de la redención.

"Dios, en efecto, ha amado tanto al mundo que le entregó a su único Hijo para que quien cree en Él no muera, sino que tenga la vida eterna", según las palabras del Evangelio de San Juan (3,16).

¡Qué "gran cosa" es la encarnación, la redención mediante la cruz y la resurrección, la santificación mediante el envío del Espíritu, el Paráclito!

¡Sólo es necesario que los ojos del alma del hombre se abran a todas las realidades y que el hombre las vea!

Es necesario que el hombre abra los ojos y que vea, con la mirada de la fe, a Cristo, que es Mediador y Sacerdote de la nueva y eterna Alianza.

De este Mediador y Sacerdote nos habla hoy la Carta a los Hebreos: “Escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios” (5,1).

-está puesto: “para ofrecer dones y sacrificios por los pecados”

-está puesto: “para comprender a los ignorantes y extraviados” (5,2).

¡Cristo “fue” semejante Mediador y Sacerdote, y lo es! Esto ha sido realizado por el Padre, que le ha dicho: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (5,5); y en otro lugar: “Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec” (5,6).

Bartimeo, curado milagrosamente de su ceguera, abrió los ojos y vio ante sí a Jesús, el Hijo de David.

Abramos la mirada de nuestra fe, para ver a Cristo con la plena luz del Evangelio. Y mirando con los ojos de la fe a quien es Mediador y Sacerdote -el único Mediador y Sacerdote entre Dios y los hombres, y Sacerdote según el rito de Melquisedec-, repitamos una vez más, y hagámoslo con la mayor pasión y con la mayor fuerza de convicción: ¡El Señor ha hecho cosas grandes por nosotros!

El Profeta Jeremías nos dice: “Mirad que yo los traigo del país del norte, y los recojo de los confines de la tierra. Entre ellos, el ciego y el cojo, la preñada y la parida a una. Gran asamblea vuelve acá. Con lloro vienen y con súplicas los devuelvo, los llevo a arroyos de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para Israel un padre, y Efraím es mi primogénito” (Jer 31,8-9).

(Homilía en la Parroquia de Santa María de la Presentación, 24 de Octubre de 1982)

[Volver Aplicación](#)

Venerados hermanos; queridos hermanos y hermanas:

He aquí un mensaje de esperanza para África: lo acabamos de escuchar de la Palabra de Dios. Es el mensaje que el Señor de la historia no se cansa de renovar para la humanidad oprimida y sometida de cada época y de cada tierra, desde que reveló a Moisés su voluntad sobre los israelitas esclavos en Egipto: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto; he escuchado su clamor (...); conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo (...) y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel" (Ex 3, 7-8).

¿Cuál es esta tierra? ¿No es el Reino de la reconciliación, de la justicia y de la paz, al que está llamada la humanidad entera? El designio de Dios no cambia. Es lo mismo que profetizó Jeremías, en los magníficos oráculos denominados "Libro de la consolación", del que está tomada la primera lectura de hoy. Es un anuncio de esperanza para el pueblo de Israel, postrado por la invasión del ejército de Nabucodonosor, por la devastación del Jerusalén y del Templo, y por la deportación a Babilonia. Un mensaje de alegría para el "resto" de los hijos de Jacob, que anuncia un futuro para ellos, porque el Señor los volverá a conducir a su tierra, a través de un camino recto y fácil. Las personas necesitadas de apoyo, como el ciego y el cojo, la mujer embarazada y la parturienta, experimentarán la fuerza y la ternura del Señor: él es un padre para Israel, dispuesto a cuidar de él como su primogénito (cf. Jr 31, 7-9). El designio de Dios no cambia. A través de los siglos y de las vicisitudes de la historia, apunta siempre a la misma meta: el Reino de la libertad y de la paz para todos. Y esto implica su predilección por cuantos están privados de libertad y de paz, por cuantos han visto violada su dignidad de personas humanas.

Pensamos en particular en los hermanos y hermanas que sufren pobreza, enfermedades, injusticias, guerras y violencias, y emigraciones forzadas. Estos hijos predilectos del Padre celestial son como el ciego del Evangelio, Bartimeo, que "mendigaba sentado junto al camino" (Mc 10, 46) a las puertas de Jericó. Precisamente por ese camino pasa Jesús Nazareno. Es el camino que lleva a Jerusalén, donde se consumará la Pascua, su Pascua sacrificial, a la que se encamina el Mesías por nosotros. Es el camino de su éxodo que es también el nuestro: el único camino que lleva a la tierra de la reconciliación, de la justicia y de la paz. En ese camino el Señor encuentra a Bartimeo, que ha perdido la vista. Sus caminos se cruzan, se convierten en un único camino. "¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!", grita el ciego con confianza. Replica Jesús: "¡Llamadlo!", y añade: "¿Qué quieres que te haga?". Dios es luz y creador de la luz. El hombre es hijo de la luz, está hecho para ver la luz,

pero ha perdido la vista, y se ve obligado a mendigar. Junto a él pasa el Señor, que se ha hecho mendigo por nosotros: sediento de nuestra fe y de nuestro amor.

"¿Qué quieres que te haga?". Dios lo sabe, pero pregunta; quiere que sea el hombre quien hable. Quiere que el hombre se ponga de pie, que encuentre el valor de pedir lo que le corresponde por su dignidad. El Padre quiere oír de la voz misma de su hijo la libre voluntad de ver de nuevo la luz, la luz para la que lo ha creado. "Rabbuní, ¡que vea!". Y Jesús le dice: "Vete, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista y lo seguía por el camino" (Mc 10, 51-52).

Sí, la fe en Jesucristo —cuando se entiende bien y se practica— guía a los hombres y a los pueblos a la libertad en la verdad o, por usar las tres palabras del tema sinodal, a la reconciliación, a la justicia y a la paz. Bartimeo que, curado, sigue a Jesús por el camino, es imagen de la humanidad que, iluminada por la fe, se pone en camino hacia la tierra prometida. Bartimeo se convierte a su vez en testigo de la luz, narrando y demostrando en primera persona que había sido curado, renovado y regenerado. Esto es la Iglesia en el mundo: comunidad de personas reconciliadas, artífices de justicia y de paz; "sal y luz" en medio de la sociedad de los hombres y de las naciones. Por eso el Sínodo ha reafirmado con fuerza —y lo ha manifestado— que la Iglesia es familia de Dios, en la que no pueden subsistir divisiones de tipo étnico, lingüístico o cultural.

Testimonios conmovedores nos han mostrado que, incluso en los momentos más tenebrosos de la historia humana, el Espíritu Santo actúa y transforma los corazones de las víctimas y de los perseguidores para que se reconozcan hermanos. La Iglesia reconciliada es una poderosa levadura de reconciliación en cada país y en todo el continente africano. La segunda lectura nos ofrece otra perspectiva: la Iglesia, comunidad que sigue a Cristo por el camino del amor, tiene una forma sacerdotal. La categoría del sacerdocio, como clave de interpretación del misterio de Cristo, y en consecuencia de la Iglesia, fue introducida en el Nuevo Testamento por el autor de la Carta a los Hebreos. Su intuición parte del Salmo 110, citado en el pasaje de hoy, donde el Señor Dios, con juramento solemne, asegura al Mesías: "Tu eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec" (v. 4). Esa referencia recuerda otra, tomada del Salmo 2, en la que el Mesías anuncia el decreto del Señor que dice de él: "Tu eres mi hijo, yo te he engendrado hoy" (v. 7). De estos textos deriva la atribución a Jesucristo del carácter sacerdotal, no en sentido genérico, sino más bien "según el rito de Melquisedec", es decir, el sacerdocio sumo y eterno, cuyo origen no es humano sino divino. Si todo sumo sacerdote "es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios" (Hb 5, 1), solo él, Cristo, el Hijo de Dios, posee un sacerdocio que se identifica con su propia Persona, un sacerdocio

singular y trascendente, del que depende la salvación universal. Cristo ha transmitido su sacerdocio a la Iglesia mediante el Espíritu Santo; por lo tanto, la Iglesia tiene en sí misma, en cada miembro, en virtud del Bautismo, un carácter sacerdotal. Pero el sacerdocio de Jesucristo —este es un aspecto decisivo— ya no es principalmente ritual, sino existencial. La dimensión del rito no queda abolida, pero, como se manifiesta claramente en la institución de la Eucaristía, toma significado del misterio pascual, que lleva a cumplimiento los sacrificios antiguos y los supera. Así nacen a la vez un nuevo sacrificio, un nuevo sacerdocio y también un nuevo templo, y los tres coinciden con el misterio de Jesucristo.

La Iglesia, unida a él mediante los sacramentos, prolonga su acción salvífica, permitiendo a los hombres ser curados por la fe, como el ciego Bartimeo. Así la comunidad eclesial, siguiendo las huellas de su Maestro y Señor, está llamada a recorrer decididamente el camino del servicio, a compartir hasta el fondo la condición de los hombres y las mujeres de su tiempo, para testimoniar a todos el amor de Dios y así sembrar esperanza.

Que la Virgen María os recompense a todos y cada uno, y obtenga a la Iglesia en África crecer en todos los lugares de ese gran continente, difundiendo por doquier la "sal" y la "luz" del Evangelio.

(Clausura de la II Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, Basílica Vaticana, Domingo 25 de octubre de 2009)

Volver Aplicación

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

La oración perseverante del ciego

Mc 10, 46-52

Bartimeo era un “mendigo ciego”

Cuando Jesús le pregunta ¿qué quieres? Él ni se preocupa de su falta de bienes materiales sino que pide la salud física.

La salud física vale más que las cosas materiales ¿Cuánto más valdrá la salud espiritual?^[1]

El ciego le pide ver, no le pide bienes materiales, porque sabe que con la salud física podrá proveerse de ellos.

Este detalle me parece importante, para resaltar la escala de valores que se da naturalmente en un hombre.

La gente dice: *mientras haya salud todo está bien*, es decir, al menos en la teoría vale para ellos más la salud física que las cosas materiales. En la realidad no es tan así. Hay mucha gente que se quita la salud por conseguir bienes materiales y hasta se quita la vida cuando pierde bienes materiales.

La salud corporal es manifestación de la vida, la enfermedad es signo de muerte. Lo que da la vida es el alma, por eso cuando el alma se separa del cuerpo, el cuerpo se vuelve cadáver y se disgrega. Lo que mantiene unido al cuerpo y le da vida es el alma. Por eso el alma vale más que la salud corporal. Sin alma no habría salud corporal sino muerte.

El cuerpo sin alma se corrompe. ¿Y el alma puede morir? El alma no puede morir. Sin embargo, decimos que un alma está muerta cuando no tiene a Dios. Dios es el alma del alma. El alma sin Dios es, metafóricamente hablando, un alma muerta.

Así como el alma da vida al cuerpo, Dios da vida al alma. Y así como el cuerpo es por el alma, el alma es por Dios. El alma separada de Dios está muerta y cuando esa separación es irrevocable, el alma está en el infierno.

El alma unida a Dios tiene vida y cuando esa unión se eterniza el alma está en el cielo.

Los bienes materiales ayudan a la salud y la salud es para que el hombre pueda vivir unido a Dios. Esa es la escalera de valores verdadera.

Bartimeo le pide a Jesús “ver”, salud corporal, pero antes lo ha confesado como el Mesías. Cristo viendo su fe, quiere el milagro, “anda, tu fe te ha salvado”.

Recobrada su salud corporal se une a los seguidores de Jesús “le seguía por el camino”. Bartimeo recobra la salud física porque tiene fe en Jesús y esa fe es la que dispone al milagro y se manifiesta en el servicio de Dios una vez curado.

Muchas veces Dios no permite la salud física porque sería en perjuicio de la salud espiritual.

La oración del ciego es perseverante. Le pide a Jesús que se compadezca por dos veces y con gritos. Las lágrimas y el gemido de un corazón angustiado que recurre a Dios es muy acepto y consigue lo que pide. Y a pesar de los obstáculos que querían acallar su voz, las dudas y los miedos que le hacen desistir de perseverar en las súplicas, Bartimeo siguió gritando.

Bartimeo apela a la compasión de un corazón tierno, un corazón humano que conoce el sufrimiento y que tiene la debilidad de ser misericordioso. Toca, por decir así, el punto crítico del corazón de Jesús y Jesús lo llama.

Bartimeo ve con el alma aunque no vea con el cuerpo y la luz en su alma le hace recuperar la visión corporal. Una vez recibida la gracia, mucho más crece su visión interior y quitada la imposibilidad corporal sigue a Jesús. Muchos ven con los ojos corporales pero son ciegos en su interior como los fariseos ^[2] o como la gente del mundo. Nosotros pidamos y busquemos la luz del alma que es Jesús ^[3] para poder ver y demos gracias por la visión corporal.

Volver Aplicación

P. Jorge Loring, S.J.

Domingo Trigésimo del Tiempo Ordinario - Año B Mc. 10:46-52

- 1.- El ciego oye que pasa Jesús y le llama a gritos. No quiere dejar pasar a Jesús sin obtener su ayuda.
- 2.- Jesús le pregunta, ¿qué quieres? Jesús sabía lo que el ciego necesitaba, pero quiere que se lo pidamos.
- 3.- El ciego le pide ver. Nosotros muchas veces también necesitamos ver la voluntad de Dios en nuestra vida: para saber perdonar de corazón, para ver el valor redentor del dolor, para corregir nuestros defectos, etc.
- 4.- El ciego llamaba a Jesús, y los demás le decían que se calle. El mundo no tolera que se confiese la fe. En la celebración de los 25 años del Pontificado del Papa Juan Pablo II el corresponsal de TVE se declaró católico, y el diario EL PAIS le atacó duramente por ello. En cambio muere Manuel Vázquez Montalbán que siempre se ha presentado como comunista, en su esquela mortuoria se suprimió la cruz, y en Barcelona se le enterró sin misa, el mismo periódico EL PAIS lo exalta como hombre que ha sido toda su vida coherente con sus ideas.

5.- Esta doble medida exaltando a los que presumen de ateos, y menospreciando a los que se confiesan católicos es una vieja técnica de los enemigos de la Iglesia para amedrentar a los católicos.

6.- Lo malo es que muchos católicos caen en la trampa, y se avergüenzan de ser católicos. Lo disimulan. Y si lo manifiestan, lo hacen tímidamente, como pidiendo perdón por serlo.

7.- Dijo Cristo: «A quien me confiese ante los hombres, yo lo defenderé ante mi Padre. Pero no al que se avergüence de Mí». Tenemos que ser valientes en defender a Cristo y a su Iglesia, siempre que se nos presente ocasión. Hacerlo con prudencia, pero con valentía. Y si esto nos causa contratiempos, Dios nos lo premiará.

[Volver Aplicación](#)

Inicio

Directorio Homilético

Directorio Homilético

Trigésimo domingo del Tiempo Ordinario

CEC 547-550: Jesús manifiesta los signos mesiánicos

CEC 1814-1816: la fe es un don de Dios

CEC 2734-2737: la confianza filial en la oración

Los signos del Reino de Dios

547 Jesús acompaña sus palabras con numerosos "milagros, prodigios y signos" (Hch 2, 22) que manifiestan que el Reino está presente en El. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf, Lc 7, 18-23).

548 Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser "ocasión de escándalo" (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).

549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. Lc 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

550 La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás (cf. Mt 12, 26): "Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt 12, 28). Los exorcismos de Jesús liberan a los hombres del dominio de los demonios (cf. Lc 8, 26-39). Anticipan la gran victoria de Jesús sobre "el príncipe de este mundo" (Jn 12, 31). Por la Cruz de Cristo será definitivamente establecido el Reino de Dios: "Regnavit a ligno Deus" ("Dios reinó desde el madero de la Cruz", himno "Vexilla Regis").

La fe

1814 La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que El nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque El es la verdad misma. Por la fe "el hombre se entrega entera y libremente a Dios" (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. "El justo vivirá por la fe" (Rom 1,17). La fe viva "actúa por la caridad" (Gál 5,6).

1815 El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (cf. Cc Trento: DS 1545). Pero, "la fe sin obras está muerta" (St 2,26): Privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo.

1816 El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella, sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: "Todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en

medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia" (LG 42; cf DH 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: "Por todo aquél que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos" (Mt 10,32-33).

III LA CONFIANZA FILIAL

2734 La confianza filial se prueba en la tribulación (cf. Rm 5, 3-5), particularmente cuando se ora pidiendo para sí o para los demás. Hay quien deja de orar porque piensa que su oración no es escuchada. A este respecto se plantean dos cuestiones: Por qué la oración de petición no ha sido escuchada; y cómo la oración es escuchada o "eficaz".

Queja por la oración no escuchada

2735 He aquí una observación llamativa: cuando alabamos a Dios o le damos gracias por sus beneficios en general, no estamos preocupados por saber si esta oración le es agradable. Por el contrario, cuando pedimos, exigimos ver el resultado. ¿Cuál es entonces la imagen de Dios presente en este modo de orar: Dios como medio o Dios como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo?

2736 ¿Estamos convencidos de que "nosotros no sabemos pedir como conviene" (Rm 8, 26)? ¿Pedimos a Dios los "bienes convenientes"? Nuestro Padre sabe bien lo que nos hace falta antes de que nosotros se lo pidamos (cf. Mt 6, 8) pero espera nuestra petición porque la dignidad de sus hijos está en su libertad. Por tanto es necesario orar con su Espíritu de libertad, para poder conocer en verdad su deseo (cf Rm 8, 27).

2737 "No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones" (St 4, 2-3; cf. todo el contexto St 4, 1-10; 1, 5-8; 5, 16). Si pedimos con un corazón dividido, "adúltero" (St 4, 4), Dios no puede escucharnos porque él quiere nuestro bien, nuestra vida. "¿Pensáis que la Escritura dice en vano: Tiene deseos ardientes el espíritu que El ha hecho habitar en nosotros" (St 4,5)? Nuestro Dios está "celoso" de nosotros, lo que es señal de la verdad de su amor. Entremos en el deseo de su Espíritu y seremos escuchados:

No te aflijas si no recibes de Dios inmediatamente lo que pides: es él quien quiere hacerte más bien todavía mediante tu perseverancia en permanecer con él en oración (Evagrio, or. 34). El quiere que nuestro deseo sea probado en la oración. Así nos dispone para recibir lo que él está dispuesto a darnos (San Agustín, ep. 130, 8,

Inicio

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín
¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos** de la Santa Sede en el **2014**.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Calos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

[Volver Información](#)

[Inicio](#)

Este Boletín fue enviado por: Homilética IVE: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado

[1] I-II, 106, 1

[2] Jn 9, 39-41

[3] Jn 8, 12